

# NOTICIAS SOBRE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN CARLOS

P O R

ARTURO ARNAIZ Y FREG

**E**L "Ensayo Político Sobre el Reino de la Nueva España", dió a conocer un país oculto al mundo por el celo de sus dueños. Todo cuanto de valioso encerraba esta colonia, fué encarecido y elogiado con largueza por el Barón de Humboldt. Su libro impuso en México al viajero inteligente un itinerario.

La Academia de Bellas Artes de San Carlos fue, sin duda, una de las instituciones que más interesaron al polígrafo prusiano: "la Academia trabaja con fruto", escribió. Vivía el establecimiento en 1803 sus mejores días.

Más tarde, fueron numerosos los hombres de estudio que se internaron en nuestro país aprovechando las facilidades que otorgó el Gobierno independiente. Sus relatos, a veces breves e inexpresivos, tienen con frecuencia un inconfundible acento justiciero.

Afluyeron los viajeros y la Academia, pobre ya, continuó siendo lugar de tránsito obligado. Abandonada a su suerte, estuvo a punto de extinguirse. En 1845, la oposición entre su lamentable estado y la brillante descripción de Humboldt era tan grande, que Waddy Thompson no vaciló en atribuir los elogios del sabio a la impresión que en su ánimo hiciera la Güera Rodríguez.

A pesar de sus contradicciones, los juicios de los visitantes nos permiten seguir de cerca la historia de la institución.

Deseosos de cumplir con uno de los propósitos del Instituto de Investigaciones Estéticas, hemos recogido los testimonios sobre el estado de la Academia de San Carlos, que nos ha sido dable encontrar, para que, unidos a los frutos de la investigación documental, faciliten a los estudiosos la elaboración de la visión íntegra donde aparezcan los hechos en su verdadera perspectiva.

11 de noviembre de 1789

Carta Reservada del Excmo. Sr. Virrey Conde de Revilla Gigedo al Excmo. Sr. D. Antonio Porlier.

Excmo. Sr.—Procurando yo enterarme a fondo de quantos establecimientos útiles hay en el Reyno y particularmente en esta ciudad, he hallado que en la Academia de las Tres Nobles Artes establecida en ella con el nombre de Sn. Carlos se adelanta poco o nada, ya sea por la desidia de los discípulos, ya por la falta de principios sólidos y científicos, o ya por la poca asistencia, mal método y morosidad de los mismos Directores. <sup>1</sup>

Pensando yo pues el modo de hacer prosperar un establecimiento tan útil a este Reyno, y que dará esplendor a la Nación si llega a perfeccionarse, creo conveniente que en adelante no se enseñe en dicha Academia más que la Arismética, Geometría y demás partes de la Matemática auxiliares de las bellas Artes: La osteología, la Mitología, las proporciones del cuerpo humano,—el antiguo por los buenos huesos que se han pedido, y el natural por el Modelo vivo—, y que en habiendo pasado estas clases con aprovechamiento, se obligase o inclinase a los Pensionados o discípulos de conducta y más talento a que pasasen a España a aprender la Pintura, la Escultura, la Arquitectura y el Gravado en Lámina con los profesores de más fama de la Corte, distribuyendo en esto seis mil pesos anuales de los diez mil que en el día se gastan con los cinco Directores; pero siempre era mentester uno de pintura

---

<sup>1</sup> El propio Revillagigedo asienta en su Instrucción Reservada: "El establecimiento de la real academia de nobles artes de San Carlos, ha proporcionado muchas ventajas en esta parte".

"Se halla actualmente provista de muy buenos profesores, así en arquitectura como en pintura, escultura y gravado".

"Institución Reservada que el Conde de Revilla Gigedo, dió a su sucesor en el mando Marqués de Branciforte sobre el Gobierno de este Continente en el Tiempo que fué su virrey."—México.—1831.—Pág. 85.—Párrafo 342.

y aún el de Arquitectura hasta que bolbiesen los que fuesen en disposición de poder enseñar por afición y por naturales del País con una corta gratificación, como se hace en la Academia de San Fernando de Madrid.

En esta Casa de Moneda ha de haver siempre un Gravador mayor célebre en su arte por lo mucho que importa y por su buena dotación. El actual goza sobre su sueldo la ayuda de siete mil pesos por enseñar a varios pensionados y otros que se apliquen para repartirlos oportunamente en las Casas de Moneda de Indias, y por Real Orden de 12 de Abril de 1786, la de 500 pesos sobre los Fondos de la Academia como Director particular del Gravado de Medallas por gracia particular y debiendo servir este empleo los que le sucedan sin otra asignación que la primera, se debe suponer que en esta parte tendrá siempre un buen Maestro la Academia sin gravamen propio.

Esta es la nueva forma que me parece dar a la Academia, y la manifiesto a V. E. para que si fuese del mismo parecer, y llegase a tiempo esta representación se sirva suspender la provisión de la Dirección vacante de escultura, hasta tanto que tratándose en Junta este pensamiento conforme previene el Cap. 13 artículo 32 de los estatutos, como también el modo de evitar los dos únicos obstáculos que se me ofrecen en quanto a lo que deva hacerse con estos Directores que parecería rigor despojarlos de sus empleos sin culpa suya; y sobre la preferencia con que por un amor desordenado a su Patria y a su Gente miran estos Naturales y aún los mismos que andan desnudos, su condición, tal qual fuese, a qualquiera buen partido y esperanza se informe a S. M. en cumplimiento del Capítulo 1o.—Artículo 10 de los citados Estatutos, de lo que se crea más acertado, remitiendo un nuevo plan de formación fundado en estos principios que contribuya a los mejores progresos de la Academia.

Dios guarde a V. E. muchos años.—México.—11 de Noviembre de 1789.

*Revilla Gigedo.* (Rúbrica).

Excmo. Sr. Dn. Antonio Porlier.

Manuscrito perteneciente al Archivo General de la Nación, donde ha sido descubierto por A. Arnáiz y Freg, en el Tomo 30 de la Sección de Correspondencia de Virreyes: "Minutas de Cartas dirigidas a España por la Secretaría Particular del Excmo. Señor Conde de Revilla Gigedo en la clase de reservadas que me entregó su Exa. en distintas ocasiones y la mayor parte mui pocos días antes de entregar el Virreynato.—Se arreglaron en el mes de Julio de 1794".—Antonio Bonilla. (Rúbrica).—La carta, —foja 162—

lleva al margen una anotación manuscrita que textualmente dice: "El Virrey de N. E., Conde de Revilla Gigedo da cuenta del mal estado en que se halla la Academia de las Tres Nobles Artes de esta ciudad, proponiendo los medios que le parecen adecuados para su restablecimiento.—(Contestada en Real Orden de 3 de marzo de 1790).

(¿1798?)

"Se ha establecido una Academia de las tres nobles artes con el título de San Carlos, cuyo Vice-Protector es el señor Virrey: compónese de gran número de Consiliarios, de Académicos de honor, y de Directores particulares: dos de pintura, uno de escultura, otro de arquitectura, otro de grabado en lámina, con un Catedrático de Matemáticas y dos Tenientes Directores de pintura y escultura. Esta Real Academia mantiene diez y seis pensionados, quatro de ellos indios puros, con quatro reales diarios: quatro en la pintura, quatro en la escultura, quatro en la arquitectura, dos en el grabado en hueco y dos en el grabado en lámina. Todos los meses se distribuyen en varios premios sesenta y seis pesos entre los discípulos que presentan mejores obras y dibujos, calificándose antes en la junta ordinaria".

De la obra: "*El Viagero Universal o noticia del Mundo Antiguo y Nuevo*". Obra Recopilada de los Mejores Viageros por D. P. E. P. Tomo XXVI. Madrid. 1799. (Cuaderno Setenta y Ocho. Carta DIII. "Idea General de México. Continuación del Mismo Asunto". Págs. 354-355.

1803

"Ninguna ciudad del nuevo continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. Citaré sólo la escuela de minas dirigida por el sabio Elhúyar, y de la cual hablaré cuando trate del beneficio de los metales: el jardín botánico, y la academia de pintura y escultura, conocida con el nombre de "*Academia de las nobles artes*". Esta academia debe su existencia al patriotismo de varios particulares mexicanos, y a la protección del ministro Gálvez. El gobierno le ha cedido una casa espaciosa, en la cual se halla una colección de yesos más bella y completa que ninguna de las de Alemania. Se admira uno al ver que el Apolo de Belveder, el grupo de Laocoonte, y otras estatuas

aún más colosales, han pasado por caminos de montaña que por lo menos son tan estrechos como los de San Gotardo; y se sorprende al encontrar estas grandes obras de la antigüedad reunidas bajo la zona tórrida y en un llano o mesa que está a mayor altura que el convento del gran San Bernardo. La colección de yesos puesta en México ha costado al rey cerca de 40,000 pesos. En el edificio de la Academia, o más bien en uno de sus patios, deberían reunirse los restos de la escultura mexicana, y algunas estatuas colosales que hay de basalto y de pórfido, cargadas de jeroglíficos aztecas, y que presentan ciertas analogías con el estilo egipcio e hindú. Sería una cosa muy curiosa colocar estos monumentos de los primeros progresos intelectuales de nuestra especie, estas obras de un pueblo semi-bárbaro, habitante de los Andes mexicanos, al lado de las bellas formas nacidas bajo el cielo de la Grecia y de la Italia.

“Las rentas de la Academia de las Bellas Artes de México son de 24,500 pesos, de los que el gobierno da 12,000, el cuerpo de mineros mexicanos cerca de 5,000; y el consulado más de 3,000. No se puede negar el influjo que ha tenido este establecimiento en formar el gusto de la nación; haciéndose esto visible más principalmente en la regularidad de los edificios y en la perfección con que se cortan y labran las piedras, en los ornatos de los capiteles y en los relieves de estuco. Son muchos los buenos edificios que ya en el día hay en México y aún en las ciudades de provincia, como Guanajuato y Querétaro. Son monumentos que a veces cuestan 300,000 pesos, y que podrían figurar muy bien en las calles de París, Berlín y Petersburgo. El señor Tolosa, escultor de México, ha llegado a fundir allí mismo una estatua ecuestre de Carlos IV; y es obra que, exceptuando el Marco Aurelio de Roma, excede en primor y pureza de estilo cuanto nos ha quedado de este género en Europa. La enseñanza que se da en la Academia es gratuita, y no se limita al dibujo del paisaje y figura; habiéndose tenido la buena idea de emplear otros medios a fin de vivificar la industria nacional, la academia trabaja con fruto en propagar entre los artistas el gusto de la elegancia y belleza de las formas. Todas las noches se reúnen en grandes salas, muy bien iluminadas con *argand*, centenares de jóvenes, de los cuales unos dibujan al yeso o al natural, mientras que otros copian diseños de muebles, candelabros u otros adornos de bronce. En esta reunión (cosa bien notable en un país en que tan inveteradas son las preocupaciones de la nobleza contra las castas), se hallan confundidas las clases, los colores y razas; allí se ve el indio o mestizo al lado del blanco, el hijo del pobre artesano entrando en concurrencia con los de los principales señores del país. Consuela ciertamente el observar que bajo todas las zonas el cultivo de las ciencias y artes establece una cierta igualdad:

entre los hombres y les hace olvidar, a lo menos por algún tiempo, esas miserables pasiones que tantas trabas ponen a la felicidad social”.

De la obra: “*Ensayo Político Sobre el Reino de la Nueva España*”, por Alejandro de Humboldt.—Tomo I.—Libro II.—Capítulo VII.—(Se ha utilizado la traducción española de D. Vicente González Arnao, publicada en París, en Casa de Rosa en 1822).

5 de noviembre de 1822

“Temprano, en la mañana, visitamos la Academia de Bellas Artes, que fue una escuela de pintura y escultura, pero que hoy está olvidada y convirtiéndose en ruinas por las mismas causas que han dañado a otras instituciones: los fondos han sido destinados a otros usos, debido a las exigencias del gobierno.

“Hay una muy buena colección de vaciados en excelente estado de conservación, pero quién sabe el tiempo que duren así, porque parte del techo se ha derrumbado cerca de ellos, y el agua cae en el piso de la sala en que se encuentran.

“El vaciado de Laocoonte es uno de los mejores que he visto. Hay algunas pinturas—ninguna de ellas muy buena—esparcidas a lo largo de las paredes, y vimos una gran fila de bancas y escritorios con dibujos y modelos para los alumnos, como si los hubiesen dejado ayer, siendo así que no se ha dado ninguna lección desde hace más de doce meses. Hay también una sala para modelado y dibujo al natural, y toda clase de comodidades para el estudiante de las bellas artes”.

De la obra “*Notes in Mexico, made in the Autumn of 1828*”. By a Citizen of the United States. (Joel R. Poinsett). Filadelfia. 1824. Págs. 71-72.

9 a 10 de noviembre de 1822

“Fuimos a vagar una vez más a la Academia de Bellas Artes. Hay una buena pintura de Fernando VII que ha sido arrumbada en una pequeña alacena. La colección de vaciados es ciertamente muy buena. Es indudable que esta institución ha producido amor por las bellas artes y ha refinado el gusto de las gentes, pero no pienso que se hayan formado en ella buenos artistas.

Todas las pinturas modernas que he visto no son sino monos. Los retratos de Iturbide, que se supone fueron pintados por el mejor artista, son pésimas muestras de la condición de las artes aquí”.

De la obra *“Notes in Mexico, made in the Autumn of 1828”*. By a Citizen of the United States. (Joel R. Poinsett). Filadelfia. 1824. Pág. 118.

1823

“La Academia de Bellas Artes ha sido extinguida por la revolución: al presente no tiene ni estudiantes ni director. El edificio y los vaciados de yeso subsisten aún, pero sus fondos se han perdido, ¿podremos esperar su restauración?

“El Barón de Humboldt nos ha hecho una descripción, más bien lisonjera del establecimiento en la época en que visitó el país. Si su información fué correcta,—como, en efecto, tengo todas las razones para creerlo,—veinte años de guerra interna e insurrecciones han producido un cambio deplorable en el estado de las Artes.

“Al presente no hay un solo alumno en la Academia, y aunque su venerable Presidente vive todavía, está en la miseria y casi ciego.

“Ni un paisajista, ni un pintor de monumentos arquitectónicos queda en esta gran ciudad, sus únicos artistas son los que copian asuntos religiosos para los templos o aquellos que intentan retratar; pero todos son deplorablemente malos. Parece que el empleo principal del lápiz es el de decorar carruajes y cabeceras de camas de madera. En las capitales, algunos cuadros del Niño Jesús, de la Virgen, de la Magdalena, de San Antonio o de San Cutberto,—únicas producciones de los pintores modernos,—llenen iglesias, conventos, claustros, etc. Ví muy pocos que no merezcan ser quitados. Las iglesias y catedrales pueden tener algunos buenos entre los muchos de que están repletas, y supongo que los tendrán; pero la cantidad de luz que penetra en tan soberbios templos es, aun en los días más luminosos, muy limitada para poder descubrir el mérito que tienen: perdidos están para el mundo en la sagrada penumbra que envuelve estos lugares. Asimismo, el público no puede acercarse a ellos, debido a unos velos antiestéticos; pero por lo poco que logré ver, atisbando a través de estas barreras, me pareció que podrían estar aquí, enterradas en el olvido, algunas de las mejores producciones de las escuelas Italiana y Española.



“Visité las casas de muchas personas de la nobleza, pero encontré en ellas muy poco que sea digno de referirse. La galería de dibujos del Conde de la Valenciana tiene un juego de grabados de Claud, que, con algunas cosas buenas que hay en el palacio del Obispo de Puebla, son los únicos trabajos que merecen mencionarse en conexión con los antiguos maestros.

“En mis andanzas por la ciudad, visité a menudo las mueblerías y los bazares, pues entre el incontable número de estatuas y pinturas de santos y de mártires, esperaba hallar algo que valiera la pena de traer a mi casa; pero todas mis búsquedas en este sentido sólo me produjeron dos pequeñas pinturas, una en cobre,—La Adoración de los Pastores,—de los primeros trabajos o copia de Coreggio, y una Sagrada Familia que tiene algo del estilo de Carlo Maratti.

“Me había imaginado que la sorprendente y rápida acumulación de la riqueza adquirida por varios individuos en el trabajo de las minas de plata, habría ocasionado, por devoción o por buen gusto, el que algunas producciones del arte europeo hubiesen cruzado el Atlántico; pero no parece que tal cosa haya acontecido. Si así fue, acompañaron a los españoles en su retirada a la madre patria.

“No vi huellas de la ocupación del escultor en mármol; esto puede explicarse por las costumbres del país, que prohíben el uso de monumentos. Tampoco hay hogares que admitan ornamentación de chimenea. Hay muchos tallistas en madera, ya que cada casa tiene un estatua de algún santo o Madona pintada y, casi siempre, vestida magníficamente. El arte del grabado en piedra es desconocido en México, pero los indios sobresalen grandemente en el modelado y en los trabajos en cera. Los ejemplares de diferentes tribus y de las costumbres y vestidos de la gente distinguida del país que he traído (a Londres), probarán ampliamente sus méritos en esta rama del Arte; modelan también legumbres y frutas de un modo admirable. Una dama de Puebla ejecuta en un estilo singular grupos de figuras cómicas con piezas de paño antiguo, de los cuales he traído a Inglaterra algunos. Tal era su habilidad, que habiéndome mirado sólo unos momentos cuando pasé la primera vez por aquella ciudad, al volver me sorprendió hallarme con que había hecho mi retrato en este estilo y, por su notable parecido, fue reconocido en el acto por mis amigos”.

De la obra: “*Six Months Residence and Travels in Mexico*”, by W. Bullock, fellow of the Linnean, Horticultural, Geological and other Societies.—Londres.—1824.—Capítulo XI.—Tomo I. Págs. 165-168.

“Ciertamente, la parte más desagradable de México, a fines de 1823, era su población de mendigos que convertía los suburbios en un espectáculo de inmundicia y miseria continuo. Veinte mil de estos “léperos” infestaban en aquel tiempo las calles, exhibiendo un cuadro de infelicidad tal, que no hay palabras para definirlo convenientemente. Siendo ya extraordinaria la fealdad natural de los indígenas—particularmente en los viejos—, hacíase lo posible por aumentarla con la mezcla repugnante de mugre y harapos. No tenían vestidos: el hombre llevaba una manta llena de agujeros y la mujer unas enaguas andrajosas, esto era para ambos el mayor adorno. La exhibición de sus cuerpos, consecuencia natural de la falta de ropa, era verdaderamente intolerable para el extranjero. Sin embargo, entre estas criaturas degeneradas se encuentran individuos dotados de facultades naturales que, guiados convenientemente, harán que muy pronto cambie su situación. Las figuras de cera de la exhibición de Bullock, conocidas por la mayoría de los habitantes de Londres, están todas hechas por los léperos con los instrumentos más toscos. Algunas están bellamente acabadas, particularmente las imágenes de la Virgen, pues muchas tienen una dulce expresión de bondad que debe haber sido copiada originalmente de alguna pintura de Murillo, pues es difícil suponer que los hombres que las hacen, hayan podido imaginarse alguna vez un rostro así. Creo que es Humboldt el que dice que los hombres de rostro cobrizo sólo emplean sus facultades en la imitación: en esto seguramente no tienen rival, pues durante el tiempo que ha estado abierta la Academia de San Carlos,—institución liberal en la que la enseñanza del dibujo y del modelado se impartía con todos los útiles necesarios costeados por el tesoro nacional,—algunos de los alumnos que más prometían, surgían de entre los indios menos civilizados de la población. Parecían dibujar por instinto, diré, para emplear las mismas frases del profesor que dirigía el establecimiento, y copiar con la mayor facilidad cuanto se les pusiera enfrente. Pero no son constantes. Pronto se aburren de las pequeñas restricciones que impone el reglamento, y después de tomar algunas lecciones, desaparecen para no volver jamás. Falta saber si algo puede hacerse por medio de un mejor sistema de gobierno, en beneficio de una raza compuesta de elementos tan heterogéneos. En 1824 no eran los indios sino un estorbo público. Apenas si era posible transitar por las partes de la ciudad habitadas por ellos, y a no ser por la extrema pureza del aire, la mugre acumulada frente a las puertas de sus casas hubiera causado una epidemia”.



























